

Efesios

Hacedores de melodías (5.19–20)

Recuerdo una noche fría, cuando estaba en la escuela primaria, lejos de casa en el campamento Blue Haven, en las montañas de Nuevo México. Cuando anochece se pone bastante oscuro allí. Tuvimos que hacer uso de linternas de mano para poder bajar por un estrecho sendero. Nuestra travesía por los bosques terminó en un claro, donde los guías habían hecho una fogata. Nos sentamos todos alrededor de ésta y vimos cómo volaban las chispas del fuego hacia el cielo hasta desaparecer en el humo. Miré hacia arriba y vi más estrellas de las que jamás había visto una sola vez, y oí un arroyuelo murmurante cerca, al que no se le entendía lo que decía. El olor de la maravillosa frescura del pino llenaba el aire, y todavía puedo oír lo que cantamos aquella noche:

Señor mi Dios, al contemplar los cielos,
El firmamento y las estrellas mil,
Al oír tu voz en los potentes truenos
Y ver brillar el sol en su cenit.

Mi corazón entona esta canción:
¡Cuán grande es Dios, cuán grande es él!¹

Todavía puedo recordar el pensamiento que se me venía a la mente cuando aquél cántico salía de mí, aquella noche: “Me siento en casa”. Me encontraba a muchas millas de Midland, Texas, sobre el costado de una montaña en el norte de Nuevo México, lejos de todos los sonidos y vistas de mi infancia y con los cuales estaba familiarizado. A pesar de ello, yo estaba convencido en mi corazón —dentro de aquella parte de mi ser que realmente

¹ Carl Boberg, “How Great Thou Art” (“Cuán grande eres tú”), Adaptado al español por E. Joe Lee, 1979, con el título “Señor, mi Dios”.

es mi ser— que de alguna forma, al cantar aquella canción, yo estaba en casa.

Mi hija Sarah es como la mayoría de las adolescentes. Ella cumple con sus ritos de cada mañana, mediante los cuales se acicala para estar presentable ante los demás. Una mañana en que tomaba mi desayuno, Sarah se estaba secando el cabello. La secadora hacía mucho ruido, pero fue otro sonido el que me hizo detenerme y escuchar. Era una voz clara como el cristal —un corazón abierto hacia el Señor. Mi hija estaba cantando las palabras: “Jesús, tú eres el cordero de Dios. Digno es tu nombre”.

Yo escuché el canto de mi hija y pensé: “Esto es cómo estar en casa”. Este sentimiento no era producido, porque yo estuviese sentado en la cocina ni aun porque toda mi familia me acompañase. Tenía que ver con la canción —con la música que fluía de un corazón abierto a Dios.

Hace mucho tiempo, una noche a avanzadas horas de una noche, dos hombres compartían la misma celda de una cárcel. Temprano, ese mismo día, sus enemigos habían mentido acerca de ellos y los habían golpeado. Los hombres estaban hambrientos y sedientos. Aunque era la medianoche, estaban tan adoloridos que no podían irse a dormir. Esto es lo que leemos acerca de estos hombres en Hechos: “Pero a medianoche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios; y los presos los oían” (Hechos 16.25). Aun en medio del dolor y rodeados de aquellas miserables condiciones, ellos estaban cantando. Alababan a Dios, a la vez que los demás presos los escuchaban y se preguntaban cómo es que pudiera haber tanto gozo, dentro de una oscura prisión. Cuando leo acerca de Pablo y Silas esto es

lo que pienso: “Ellos estaban en casa aquella noche —en casa en los cánticos ofrecidos a Dios”.

El estar en casa en el cántico para Dios tiene sentido cuando leemos la palabra de Dios: “No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu” (5.18). Cuando los cristianos están abiertos a Dios y le son obedientes, el Espíritu Santo nos llena. Su presencia nos da energía y nos transforma. En esto consiste la morada del Espíritu Santo, dentro del cristiano.

¿Qué es lo que sucede como resultado tangible de esta morada dentro del cristiano? Un efecto obvio es que se cante al Señor en el corazón. Pablo escribió:

No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 5.18–20).

El ser “llenos del Espíritu Santo” significa llegar a ser uno que hace melodía —alguien que se siente en casa al cantar los cánticos ofrecidos a Dios.

Efesios 5.19–20, habla de los cánticos. Échele una mirada general a estos versículos sobre la adoración con cánticos.

LA ADORACIÓN CON CÁNTICOS

La adoración con cánticos es *espiritual*. Es algo que sucede como resultado de la morada del Espíritu Santo dentro del cristiano. Viene como consecuencia de cuando el Espíritu de Dios toca nuestros espíritus. El canto no depende de que se conozcan los aspectos técnicos de la teoría musical. El canto espiritual no requiere de la habilidad para leer música ni para sacar una buena armonía. La adoración con el cántico sucede, porque es el Espíritu de Dios el que está funcionando dentro de nosotros.

La adoración con cántico es también *emocional*. La Biblia nos dice que cantemos y alabemos al Señor en nuestros corazones. Si nuestras emociones no están involucradas cuando cantamos, algo debe estar mal. La adoración con cántico da como resultado algo mayor que una experiencia intelectual. Ella conlleva nuestros más fuertes sentimientos.

La adoración con cánticos es *gozosa*. No podemos leer las palabras de Pablo que se encuentran en Efesios 5, sin sentir el gozo, la alegría y la celebración que caracterizan el acto de cantar. Esto es lo que Salmos 145.7 dice: “Proclamarán la memoria de tu eterna bondad, y cantarán tu justicia”.

¡Es mucho lo que tenemos que celebrar estando

en Cristo! Esto fue lo que él nos enseñó en la parábola del hijo pródigo. El padre le explicó al hijo mayor, por qué era que se llevaba a cabo tal celebración, después de que el hijo que se había perdido regresaba: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lucas 15.31–32).

Nuestras celebraciones deben ser reverentes y humildes ante la presencia de un Dios sobrecogedor. La reverencia, no obstante, no debe confundirse con el rechazo del entusiasmo. ¡Nuestro Dios vive! ¡Nuestro Dios vive en su iglesia! ¡El Espíritu Santo llena nuestras vidas! ¡Regocijémonos y estemos alegres! ¡El alabar con cánticos es regocijante!

La adoración con cánticos es *expresiva*. Con ella se honra a Dios. Nuestros cánticos le atribuyen dignidad a Dios. Nuestros espíritus tratan de alcanzar a su Espíritu.

La adoración con cánticos es *colectiva*. Tenemos el privilegio de compartirla con los demás cristianos, “hablando entre [nosotros] con salmos, con himnos y cánticos espirituales”. El canto nos provee la oportunidad de unir nuestros corazones y nuestras voces con las de los demás. Es especial lo que sucede cuando cantamos juntos, lo cual no sucede cuando cantamos solos. Yo canto en mis ratos de devoción matinales con el Señor —yo solo. Puede ser que cante: “Te amo Señor”, y ello expresa algo de mi parte para con Dios. cuando me uno a otros semejantes cristianos en el canto, esto adquiere una dimensión nueva, la cual confirma que soy parte de algo más grande que yo y que mi propio mundo. Pertenezco a la comunidad de cristianos que comparten la fe que yo tengo.

Por último, la alabanza con cánticos es *agradecida*. Una persona gruñona y negativa, lo más probable es que no cante. Cuando el Espíritu de Dios desciende para alcanzarnos y tocarnos dentro de nosotros para cambiar nuestros corazones, el resultado de ello se manifiesta con cánticos de alegría y gratitud.

Las palabras de Pablo nos enseñan acerca de la alabanza a Dios con el canto. Piense en ellas y en su propia alabanza con el canto. ¿Describen las palabras “espiritual”, “emocional”, “gozosa”, “expresiva” y “agradecida” su alabanza con el canto? Deberían describirla.

LA ADORACIÓN QUE SALE DE UN CORAZÓN LLENO DEL ESPÍRITU

Note algunos resultados específicos de ser

lLENOS del Espíritu cuando adoramos con el canto. *En primer lugar, ello da como resultado que se le ministre a los demás.* El versículo 19a, dice: “hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales”. Los cristianos no viven como islas. Yo lo necesito a usted, y usted a mí. Los momentos que pasemos compartiendo en el canto nos recuerdan esto. El unir nuestras voces en coro es una forma como yo le ministro a usted y usted a mí. Yo me uno a usted, al cantar los cánticos que expresan su fe, y usted se une a mí al cantar el mensaje que mi corazón anhela enviarle a Dios. El hacerse esto el uno al otro es muy parecido al ministerio de Jesús que se caracterizó por el despojo de sí mismo y el servir a los demás.

En segundo lugar, ello resulta en adoración para el Señor Jesús. Esto es lo que el versículo 19b dice: “cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”. (Énfasis nuestro). Necesitamos cierto balance en nuestros cánticos. Muchos cánticos tienen palabras y mensajes dirigidos hacia los demás. Por ejemplo cuando cantamos: “¡Palabras de enojo! Oh, no permitas que de la lengua sin riendas se deslicen”, eso no es cantar al Señor; son más bien palabras que nos cantamos unos a otros. Dios quiere que hagamos eso; pero también tenemos necesidad de himnos tales como: “Te necesito a cada hora” y “Sobre rodillas dobladas”, con los cuales alabar al Señor en nuestros corazones.

En tercer lugar, ello da como resultado la gratitud hacia Dios por todas las cosas. Esto es lo que el versículo 20 dice: “dando siempre gracias por todo al Dios y Padre”. Esto fue lo que Max Anders escribió acerca del agradecimiento:

Si comprendiéramos cuán peligrosamente nuestras vidas penden en un balance cuando vamos por la vida diaria... si comprendiéramos cuán poderosa es la batalla espiritual que nos rodea... si comprendiéramos cuán afortunados somos por tener alimentos en la mesa y un techo sobre nuestras cabezas... si comprendiéramos cuán dependientes somos de la gracia de Dios que es común a todos y de la bondad de los demás para llenar nuestras necesidades básicas de la vida... seríamos personas agradecidas. Agradecidas por lo que tenemos, en lugar de ser malagradecidos por lo que no tenemos.²

¿Cómo describiría usted la música con que vive su vida? ¿Es usted un gruñón o uno que hace melodía? ¿Es usted más como los que se quejan acerca de algo en el servicio de adoración o de los que comparten un cántico con un hermano o una hermana? ¿Se ha enfriado su corazón, o se ha vuelto cálido con cánticos para el Señor?

CONCLUSIÓN

“Sed llenos del Espíritu; hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre”. Cantemos himnos que fluyan de nuestros corazones llenos del Espíritu. Cantemos cánticos que compartan nuestra fe con los demás. Cantemos música que nos acerque al corazón de Dios y que nos dé un sentimiento de que estamos en casa. ■

² Max Anders, *The Good Life: Living With Meaning in a “Never-Enough” World (La buena vida: Viviendo con sentido de propósito en un mundo en el que nunca parece que se tiene lo suficiente)* (Dallas: Word Publishing, 1993), 167.